

también en nuestra misma vida. ¿Qué es el arrepentimiento? La Cuaresma da la respuesta a esta pregunta. Ella es una escuela de arrepentimiento, a la que asiste o debe asistir todo cristiano ortodoxo todos los años, para renovar su comprensión de la fe. Es una peregrinación a las fuentes de la Ortodoxia, un redescubrimiento de un modo de vivir ortodoxo. Esforcémonos por hacer que este período de cuarenta días esté lleno, tanto como sea posible, de profundo y rico significado para cada uno de nosotros.

Tres semanas antes que la Cuaresma misma comience, entramos en un período de preparación pre-cuaresmal. Reconociendo nuestra falta de concentración, la Iglesia llama nuestra atención a la seriedad del evento que se acerca, nos invita a meditar en su significado. Así, antes que podamos poner en práctica la Cuaresma, la Iglesia nos explica su significado.

Humildad

(Domingo del Publicano y el Fariseo)

En este domingo se expone y desarrolla el primer mayor tema del arrepentimiento: *la humildad*.

El Evangelio del día (Lc 18:10-14) nos enseña que la humildad es la base del arrepentimiento. La parábola del Fariseo y el Publicano representa a un hombre que siempre está contento de sí mismo y que cree cumplir con todos los requisitos de la religión. Tiene orgullo y confianza en sí mismo. En realidad, falsifica el significado de la religión, reduciéndola al cumplimiento externo de requisitos y mide su devoción por la cantidad de dinero que contribuye al templo. Para él la religión es el motivo de su amor propio, de su egoísmo. El publicano se humilla, y su humildad le justifica delante de Dios. *“Evitemos, hermanos, las palabras falsas del fariseo”*, dice el Kontaquio del día, *“y aprendamos la grandeza de las palabras humildes del*

publicano”.

El Retorno al Padre

La lección del Evangelio para este domingo nos da el segundo tema de la Cuaresma y del arrepentimiento: el retorno a Dios. No es suficiente reconocer nuestros pecados y confesarlos. El arrepentimiento queda estéril y sin provecho sin el deseo y la decisión de cambiar nuestra vida, de volver a Dios, de comenzar un movimiento de ascenso y de purificación. Debemos darnos cuenta que hemos perdido nuestra hermosura espiritual y nuestra pureza, y debemos desear recobrarlas. *“Volveré al Padre compasivo lamentando y llorando y diré: “Acéptame como a uno de tus jornaleros.”*

El verdadero cristiano recuerda y sabe que ha perdido comunión con Dios, la paz y el gozo de su reino, la pureza de la vida nueva en Cristo. Aunque fue bautizado e iniciado en el cuerpo de Cristo, sus pecados le han alejado de Dios. El arrepentimiento, por tanto, es este deseo de volver a Dios, es un movimiento de amor y de confianza. *“Me he separado inicualemente de tu gloria paternal y he malgastado en compañía de pecadores las riquezas que me diste. Por eso, te ofrezco el lamento del Pródigo: Padre compasivo, he pecado contra ti, recíbeme como penitente y hazme como a uno de tus jornaleros.”* (Kontaquio del día)

P. Alexander Schmemmann (+1983)

Los santos de la semana

Lunes 25:	San Tarasios
Martes 26:	San Porfirio de Gaza
Miércoles 27:	San Procopio de Baniyas
Jueves 28:	San Basilio el Confesor
Viernes 29:	San Casiano el Confesor
Sábado 1:	Santa Eudocia
Domingo 2:	Santos Andrónico y HesiQUIO



La Voz del Señor

Año VII - Nro 8 - 24 de febrero de 2008

Domingo del Hijo Pródigo

El desafío del amor en la experiencia de un obispo

(Segunda Parte)

*“Fue él ciertamente quien soportó nuestros sufrimientos
Y cargó con nuestros dolores” (Isaías 53, 4)*

3. La dignidad que no abriga sino desnuda

Cuando, con la gracia de Dios, me ordenaron obispo, hace treinta años, sentí, como es natural, una gran emoción. Tenía fe en Dios y también muchas expectativas de mí mismo. Tenía la convicción que ahora haría más que cuando era sacerdote. Sin embargo, no demoré para tomar conciencia no tanto de la altura de tal dignidad, sino de que esta dignidad no abriga sino desnuda. No me refiero a la exhibición ante los ojos del mundo. Sólo te darás cuenta rápidamente: el engañoso y el que rechaza tienen necesidad de seducirte para que encuentren su propia justificación en la disminución de tu dignidad. Pero, lo primordial no es el mundo, sino tus propios ojos. ¡Cuántas veces sentía que cada día que pasaba, aumentaban las fuerzas que me impedían ver el mundo en la luz de la divina liturgia! ¡Cuántas veces tenía que mantener una lucha dura y dolorosa para no alejarme de lo que creía ser un obispo, de lo que había rezado para ser!

Mi padre espiritual me enseñó a darme totalmente en mi ministerio hacia el prójimo. Pero, cuando fui obispo, debía estar constantemente al lado del clero y del rebaño. Mi tarea era incomparablemente más grande. ¿Cómo

puedo aguantar el cansancio cada vez más grande y estar al resguardo de la indignación y la crítica de mis colaboradores? ¿Cómo puedo preservar mi tarea sin que se transforme en una obligación? Varias veces, muchas noches, sentía que no servía para la misión emprendida, aún cuando me entregaba totalmente a ella, como si no amara a quien servía. He aquí donde hay que luchar, para que tu ministerio no se torne en una obligación, para que no te moje una gota de desprecio hacia quien sirves, o para que no consideres que él no te necesita.

El espacio del ministerio de un obispo no es solamente un oasis de dádiva, sino también es un desierto de tentaciones. Allí sientes cómo el aligeramiento que llevas al rostro de quien ayudas, ilumina tu propio camino e irriga tu alma. Allí también, sientes el peso de la oscuridad que te abraza. Cuanto más avanzas, tanto más quieres apoyar y proteger al rebaño. Entonces, vas a experimentar cómo aumentan las bocas semejantes a los sepulcros abiertos; y que lo que se disputa más y parece increíble, es tu propia palabra. La serpiente no solamente quiere atacarte, sino también cerrar las orejas de los que te escuchan; intenta alejarlos para tirarlos luego en la incredulidad y la duda; y medita cómo hacerlos perder el coraje o desalentarlos.

4. La realidad aparente y trascendente: los ojos del verdadero pastor

Dejé para el final la principal preocupación: trabajar dentro de una situación que se impone como si fuera la única realidad, a pesar de que no aceptes tal estimación. Varias veces sentía que debía también luchar aquí, contra lo que insinuaba que debía dejar de ser realista o sea aceptar el mundo como está, cómo lo ves a su alrededor. Si lo aceptaría, esto hubiera matado al obispo dentro de mí, y puesto un administrador en su lugar.

La realidad aparente te convence que alrededor tuyo hay lamentablemente un grupo de sacerdotes impotentes o engañadores,

mientras que haces tu trabajo mejor que los demás, afortunadamente. Es una visión del mundo que está iluminada por la luz de la realidad. Es así la realidad que tiene quizás un director muy capaz, o un político emprendedor. Pero esto no puede ser la realidad de un obispo, en ningún caso.

Muchas veces, me observaba a mí mismo con todas las cosas que me encargan - los sacerdotes y los fieles con sus problemas y flaquezas que seguramente tienen-, y sentía que lo que se llamaba realidad, y por supuesto dura, no coincidía con la verdadera realidad. El obispo no tiene derecho a ver el mundo con sus propios ojos, sino por los ojos del *“engolpio”* que lleva sobre su pecho, o sea el icono de la Virgen llevando al Niño en sus brazos. Esto significa que no debe perder jamás contacto con lo verdadero, sino que debe rezar cada minuto; pedir al Señor que le ayude para ver el mundo con la luz de la resurrección, y no con la luz de este mundo, y que no le deje sentir, ni siquiera un minuto, que tiene obligaciones o que está representando a una institución; suplicarle pidiéndole que le haga digno poder para administrar en Cristo y no institucionalmente.

El obispo no puede ser un pastor mandando a los sacerdotes e imponiendo su voluntad. Es un pastor cuando y en cuanto ve a su rebaño y a su clero no como llenos de flaqueza, sino como portadores de alto poder, que ellos tienen del amor del Señor. Es un pastor cuando tiene la bendición de ver, detrás y dentro de la flaqueza, el valor, y, por supuesto, lo que es único. Es un pastor cuando ve dentro de sí mismo y ante él, que uno sólo es el pecado: la flaqueza de sentir el amor de Dios, la flaqueza de vivir cómo Su amor nos lo permite. *“Traición es únicamente de la conciencia”*, como lo dice San Juan Crisóstomo.

Traicionar Su amor, el reino de la muerte, esto es lo que quiere imponerse como realidad. Esto es lo que transforma un obispo en una función pública. Por ello, hay que rezar por y

para el clero, por y para el obispo, para que permanezcan en el mundo sirviéndolo, teniendo ante sus ojos el verdadero mundo y mostrándolo.

+ **Metropolitano Siluan**

Tropario de la Resurrección (Tono 6)

“Los poderes celestiales aparecieron sobre tu sepulcro y los guardias quedaron como muertos. María se plantó en el sepulcro buscando Tu cuerpo purísimo. Sometiste al Hades sin ser tentado por él y encontraste a la Virgen otorgándole la vida. ¡Oh Resucitado de entre los muertos, Señor, gloria a ti!”.

Tropario para el Precursor (Tono 4)

“La cabeza del Precursor había surgido de la tierra, brillando para los fieles los rayos incorruptibles de las curaciones; pues de lo alto junta a las multitudes de Ángeles, y desde abajo convoca al género humano; para que juntos y al unísono ofrezcan la glorificación a Cristo Dios”.

Kontakion del Hijo Pródigo (Tono 3)

“Cuando desobedecí, con ignorancia y necedad, Tu Gloria Paterna; Derroché, en las maldades, la riqueza que Tú me has dado, ¡Oh Padre Compasivo! Por eso, a Ti exclamo, con la voz del hijo pródigo, diciendo: “¡Acéptame penitente, pues he pecado ante ti, y hazme como uno de tus jornaleros!”

Segunda Carta a los Corintios (4:6-15)

Hermanos, el mismo Dios que dijo: Del seno de las tinieblas brille la luz, la ha hecho brillar en nuestros corazones, para iluminarnos con el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo. Pero llevamos este tesoro en recipientes de barro para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros. Apretados en todo, más no aplastados; apurados, mas no desesperados; perseguidos, mas no abandonados; derribados, mas no aniquilados. Llevamos siempre en nuestros

cuerpos por todas partes la muerte de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Pues, aunque vivimos, nos vemos continuamente entregados a la muerte por causa de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De modo que la muerte actúa en nosotros, mas en vosotros la vida. Pero teniendo aquel espíritu de fe conforme a lo que está escrito: Creí, por eso hablé, también nosotros creemos, y por eso hablamos, sabiendo que quien resucitó al Señor Jesús, también nos resucitará con Jesús y nos presentará ante él juntamente con vosotros. Y todo esto, para vuestro bien a fin de que cuantos más reciban la gracia, mayor sea el agradecimiento, para gloria de Dios.

Santo Evangelio según San Lucas (15:11-32)

Dijo el Señor esta Parábola: “Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo al padre: 'Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde.' Y él les repartió la hacienda. Pocos días después el hijo menor lo reunió todo y se marchó a un país lejano donde malgastó su hacienda viviendo como un libertino. Cuando hubo gastado todo, sobrevino un hambre extrema en aquel país, y comenzó a pasar necesidad. Entonces, fue y se ajustó con uno de los ciudadanos de aquél país, que le envió a sus fincas a apacentar puercos. Y deseaba llenar su vientre con las algarrobas que comían los puercos, pero nadie se las daba. Y entrando en sí mismo, dijo: '¡Cuantos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre! Me levantaré, iré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros'. Y, levantándose, partió hacia su padre. Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente. El hijo le dijo: 'Padre, pequé contra el cielo y ante ti; Ya no merezco ser llamado hijo tuyo'. Pero el padre dijo a sus siervos: 'Traed a prisa el mejor vestido y

vestidle, ponedle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies. Traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado'. Y comenzaron la fiesta. Su hijo mayor estaba en el campo y, al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música y las danzas; Y llamando a uno de los criados, le pregunto qué era aquello. Él le dijo: 'Ha vuelto tu hermano y tu padre ha matado el novillo cebado, porque le ha recobrado sano. Él se irritó y no quería entrar. Salió su padre, y le suplicaba. Pero él replicó a su padre: 'Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos; y ¡ahora que ha venido ese hijo tuyo que ha devorado tu hacienda con prostitutas, has matado para él el novillo cebado! Pero él le dijo: 'Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado'."

El Espíritu de la Cuaresma

Otra vez nos acercamos a la Cuaresma, al tiempo de nuestra reconciliación con Dios. El arrepentimiento es el comienzo, y al mismo tiempo, la finalidad de una vida cristiana. *“Arrepentíos”* fue la primera palabra de Jesucristo cuando comenzó a predicar (Mt 4:17). Pero, ¿qué es el arrepentimiento? En medio de las preocupaciones de nuestra vida diaria, no tenemos tiempo para pensar en ello, sencillamente damos por hecho que debemos confesarnos, recibir la absolución y luego olvidarnos de ello. Sin embargo, nuestra Iglesia estableció un período de siete semanas como tiempo especial de penitencia, y nos invita a hacer un especial esfuerzo espiritual. Deberíamos hacer todo lo posible para comprender, para seguir tanto como nos sea posible las enseñanzas de la Iglesia sobre la Cuaresma, para ser ortodoxos, no solamente de nombre, sino